



tenerle la pluma cada vez que en el ministerio que no quiso o que no pudo servir se presenta alguna iniciativa o se comete alguna falta que merecen censura. Los periodistas, en general, no gustan sino del periodismo. Llamados a un ministerio, y excusados con el válido argumento de que sirven mejor al país, a sus ideas y al mismo poder ejecutivo, en la prensa, conservan, y no sólo conservan sino que reafirman, su independencia para decir todo lo bueno y todo lo malo que a sus ojos ocurra en las altas esferas. No hablamos en hipótesis. El caso ha ocurrido. Y seguirá ocurriendo.

Los dos ministros que tuvieron la gentileza o la abnegación de aceptar son dos prestigiosas figuras del liberalismo. De Nariño el doctor Martínez Pérez, tiene ya un hermoso **record** como hombre de gobierno. En el ministerio de la política, en la gobernación de su departamento y en la procuraduría general de la nación ha demostrado su actividad y su alto criterio jurídico. De Antioquia el doctor Rodríguez Moya, es un ingeniero de vastas obras y un hombre entendido en cuestiones económicas. No es quizá el ministerio de agricultura el de su vocación ni el de sus conocimientos, pero su clara inteligencia sabrá hallar el camino para coronar la altura de las realizaciones.

**El nuevo Nuncio** Hombre distinguido, de larga tradición diplomática, en quien son familiares las costumbres y los gustos de los suramericanos, monseñor Carlos Serena, nuevo Nuncio de Su Santidad, ha llegado al país en un momento de transformación que sin duda hallará interesante. La reputación de Colombia como nación católica no ha sufrido mengua durante el gobierno liberal ante la Santa Sede. Al Pontífice y a sus colaboradores se les ha dado la sorpresa gratísima de contrariar, de desmentir, de destruir todos los interesados vaticinios de los conservadores.

Se quería hacer creer que liberalismo en el poder y asalto a los conventos, expulsión de monjas, dificultades del clero, eran la misma cosa. Se ha demostrado lo contrario. Lo han reconocido los jerarcas. Por ahí queda tal cual frailecito enajenado, como nuestro querido contertulio el padre Mora Díaz, que usa un lenguaje de provocación y de alharaca que ni para los tiempos de Nerón y Diocleciano. Pero nadie le hace caso: ni el Arzobispo Primado, ni los obispos, ni siquiera los dominicanos. El se desahoga en una hojita que bautizó "El Cruzado" y con eso se tranquiliza. Después dice su misa y confiesa a sus sirvientas como si nada hubiera pasado.

Con monseñor Serena, como con cualquier hombre ilustrado, se puede y se podrá tratar lealmente el problema de la reforma del concordato, vieja camisa que ya nos queda estrecha y que puede

rasgarse con el crecimiento. Mejor cambiarla en el momento oportuno. Y este es el momento. Aceptado por toda la nación el régimen concordatario, que es lo esencial para la Santa Sede, las modificaciones impuestas por los tiempos habrán de venir sin tropiezos y sin luchas. Saludamos respetuosamente a monseñor Serena y hacemos votos porque en nuestra tierra, tan adicta a la Iglesia Católica, halle la acogida cordial que merece el diplomático y la respetuosa actitud que corresponde al prelado.

**El maestro Sanín Cano** Setenta y cinco años cumplió, como quien cumple cuarenta y cinco o cincuenta, al afable maestro. Su aspecto rozagante, su maravilloso organismo y, lo que es mejor, la constante frescura de su mente, en la cual siguen prendidas todas las curiosidades, son, en la edad que dice, y que probablemente se aumenta, un risueño milagro. Ha tenido el privilegio de captarse la adhesión unánime de sus conciudadanos. En su presencia o ante su nombre desaparece el ridículo pleito de las generaciones. Hay hasta el empeño, en cada una de ellas, de apropiárselo de manera exclusiva. Así, para el cumpleaños, quisieron monopolizarlo los últimos. Hicieron bien. Sanín Cano, por su asombrosa capacidad para adaptarse a todas las nuevas corrientes, o para comprenderlas al menos, sentirlas, y mirarlas con simpatía, siempre será de los últimos. Audacia fue, pero agradecidamente mirada por el maestro, que al círculo juvenil que le hacía fiesta hubieran penetrado algunos representantes típicos del Centenario.

Espiritualmente estuvimos con ellos al lado del maestro. Tuvimos ocasión de significárselo al interesado, que figura, desde antes de que los últimos nacieran, en el número de nuestras más sostenidas admiraciones. Y hoy lo repetimos desde estas páginas, tan profundamente colombianas, que recogen con cariño cuanto exalte a las grandes figuras de Colombia. Queremos hacer pública, una vez más, nuestra fervorosa adhesión a Sanín Cano, y públicos queremos hacer nuestros votos porque el otro cuarto de siglo que le falta, para redondear la cifra de la paz absoluta, lo encuentre con la misma energía, la misma inquietud intelectual y la misma generosa hospitalidad de su mente para todas las visitas de la gente nueva. Consérvele Dios la salud y el buen ánimo para que muchas sean todavía las páginas de humorismo, de filosofía y de lucha con que el gran disociador de ideas nos regale para nuestra elevación y nuestro esparcimiento!

**Los prelados masones** Nuestro apreciado amigo el doctor Bernardo J. Caycedo, cuyo catolicismo se eriza con la simple mención de la masonería, a la que debe considerar, como Fray Mora Díaz, un antro de abominaciones, nos pide en una amable

carta que rectificamos el supuesto tremendo error en que incurrimos al llamar "ilustres y poderosos hermanos" al insigne prelado don Fernando Caycedo y Flórez, arzobispo de Bogotá, y al obispo Gómez Plata.

"Bien sé, exclama, que la afirmación temeraria, y desde luego completamente reñida con la verdad histórica, la han hecho antes que usted otros hermanos, empeñados a todo trance en buscarse buenas compañías". Ese empeño le demostrará al doctor Caycedo las excelencias de una institución que, de ser mala, sería malas compañías lo que andaría buscando. No ha debido dejar de causarle sorpresa el que gustemos más de los obispos que de los diablos, aunque casos ha habido en que era difícil distinguirlos. Diablos y clérigos eran una misma cosa.

Por de contado eso no reza con los ilustrísimos señores Caycedo y Gómez Plata. Sus nombres, rodeados de respeto y de cariño, los hemos hallado en las listas de las logias. No sabemos desde cuando se hizo, respecto de ellos, la afirmación de que eran o habían sido masones, ni nos ha interesado nunca confirmarla o rectificarla porque carece de importancia para nosotros que lo hubieran o no lo hubieran sido.

El doctor Caycedo nos cita el testimonio del historiador Groot, quien declara que el arzobispo nunca fue masón y que el obispo resistió "los empeños que hizo para reducirlo el primer personaje de la masonería". Que es lo mismo que está haciendo desde hace años el padre Félix Restrepo con nosotros, aunque lo del primer personaje lo dejamos para otros masones más poderosos y viejos. Hemos vuelto a saludar la historia arrinconada del gran hermano relapso que fue el señor Groot y hemos hallado el párrafo que cita el doctor Caycedo. Pero también hemos hallado la noticia de que, al establecerse las logias en Colombia, se vieron frecuentadas por numerosos sacerdotes. Los trata mal por eso. Pero que los hubo, los hubo. En esa misma historia puede hallarse la prueba.

Complacemos sin embargo al doctor Caycedo, quitándoles el sambenito al ilustre miembro de su familia y al obispo Gómez Plata. Quiere apenas decir que los dos no supieron lo que es bueno. No pudieron gozar con ninguna iniciación, ni leer los pensamientos filosóficos que hasta el más romo escribe en el escalofriante gabinete de reflexiones. A nadie vieron sentado sobre la piedra bruta ni presenciaron los viajes misteriosos por entre llamas, o más tarde por entre la selva, en busca de la palabra perdida. Nada supieron del maestro Hiram, ni en sus ojos se copiaron los destellos de la estrella flamígera. Tampoco tuvieron que enfrentarse al hermano terrible. Se escaparon de ir a teatro, como el del cuento. Fueron muy invitados, pero no aceptaron. Les

ocurrió algo análogo a lo que atrás dijimos acerca de los nuevos ministros. Eso es todo.

### Muros de la ciudad

Ocaña ha sido una ciudad afortunada. A la tradicional belleza de sus mujeres, y a la limpieza de sus pergaminos se ha agregado, para su cabal elogio, el brillo de la inteligencia. En las letras y en las artes ha tenido ejemplares que le han dado justo orgullo. Vive bajo el signo de don José Eusebio Caro, el delicado poeta del Bautismo y de las apasionadas estrofas a Delina, que en política mostró la varonía y acaso la exageración que corresponden a la reputación de esa tierra altiva, que él llamó "tierra encantada".

Con ese nombre ensoñador bautizó Luis Tablancá una novela, en la que magistralmente describió las costumbres de su ciudad nativa. Con el de "Muros de la Ciudad", otro ocañero, Felipe Antonio Molina, destacada figura en el llamado grupo de "los últimos", conservador de tuerca y tornillo, escritor de variadas disciplinas y de una elegancia que llega a veces al alambicamiento, acaba de publicar un bello libro en el que sigue las huellas de Tablancá.

Sale de allí una Ocaña deliciosa, pero con horas en que, como un gato perezoso, se va estirando el fastidio. Nada hay que hacer, todo es conocido, los negocios son lentos, la vida social es de animación escasa. Hay vida de club murmuradora; beatas que penetran como ratas por las rendijas de las iglesias; abundante consumo de licor, como un consuelo, como una derivación de los pensamientos, como un recurso contra la determinación suprema que tomó un día Adolfo Milanés, el poeta sutil, cuando con su propia mano abrió la puerta de lo desconocido.

Felipe Antonio Molina no solamente describe el paisaje y las costumbres sino que realiza estudios excelentes de psicología. Su lenguaje de narrador es sencillo, agradable, imantado. Carece de los arrequives y lindezas de la prosa fina, que escribe como quien hace ejercicios de estilo, sin que muchas veces responda a la nueva sensibilidad de que nos hablan los denigradores de lo clásico. En "Muros de la Ciudad" es un costumbrista que copia el lenguaje, no siempre correcto, y en ocasiones vulgar, de todo el mundo, y que analiza las pasiones, atinadamente observadas, con sutileza y donaire.

El voluntariamente exilado, que regresa después de muchos años, cargado de experiencia y con algunos dineros, es el personaje central, porque lo más digno de examen es el proceso de adaptación al medio, no sólo en cuanto significa reconquista de la ciudad donde había sido olvidado, sino su elevación a un plano superior, por los senderos del amor y de la fortuna en otro ambiente adquirida.